

Contribuciones desde
Coatepec

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2003
Ruggiero Romano
CONQUISTA Y CAPITALISMO
Contribuciones desde Coatepec, Enero-Junio, año/vol. II, número 004
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Conquista y capitalismo*

RUGGIERO ROMANO

Es seguro que en los viajes de descubrimiento, así como en las operaciones de “conquista”, nos es dado hallar con frecuencia *inversiones*, capitales colocados en esas operaciones. Las empresas portuguesas, que parecen deber todo a la realeza, conllevan también la participación de capitales privados de mercaderes locales y extranjeros. En el caso de los españoles, los grandes capitanes hispanos se lanzan a la aventura con el apoyo del rey (como Colón o Pedrerías Dávila). Empero, en las otras expediciones se da la intervención de capitales privados españoles, genoveses, flamencos, alemanes. Cuando Villegaignon parte hacia Brasil, en 1555, su expedición es financiada por el rey de Francia y por particulares que esperan recuperar costos y obtener ganancias. No faltan los ejemplos, seguramente, para recordarnos esta intervención de capitales en la mayoría de las expediciones (inglesas por ejemplo) en dirección de las Américas. Fue grande la influencia italiana en esto, no tanto por la cantidad de dinero invertido sino porque los italianos lograron imponer sus técnicas mercantiles y sus prácticas bancarias. Charles Verlinden lo ha mostrado claramente (*Précédents médiévaux de la Colonie en Amérique*, IPGH, México, 1954).

El mismo fenómeno puede ser recordado a propósito de ciertas tentativas de *explotación capitalista* de las tierras americanas: los ejemplos clásicos están representados por la intervención de los Welser en Venezuela y por el proyecto de participación de los Fugger en Chile.

* Texto tomado del libro *Les conquistadores. Les mécanismes de la conquête coloniale*. Flammarion, 1972, pp. 153-158. Este libro de bolsillo, de divulgación científica a la vez que para todo público, fue publicado en español sólo en Argentina, donde los militares retiraron los ejemplares de las librerías. El autor tenía proyectado actualizar el contenido del mismo en términos historiográficos; el sentido fundamental de la propuesta teórica contenida en él habría permanecido intacto aunque ciertamente se trataba de ampliar la discusión como parte del oficio de historiador, que el autor reivindicaba. P. Canales. (Versión castellana del original francés).

Creo que el punto nodal se halla precisamente aquí: tanto éxito económico tuvieron los financiamientos de operaciones comerciales ligados a un viaje, a una expedición, como fracaso cosecharon las tentativas de organizar la explotación continuada de una parte del continente sobre la base de inversiones: la experiencia de los Welser fue catastrófica en Venezuela y los Fugger, con mayor suerte, no insistieron en su proyecto chileno.

Así, se confirma una de las características esenciales, una de las constantes fundamentales de toda la historia económica europea: el éxito está reservado a los capitales mercantiles, con muy grande movilidad, capaces de saltar de una operación a otra y de especular sobre elementos simples (como, por ejemplo, la gran diferencia de precios entre dos lugares dados, excluyendo todo riesgo). Pero el éxito escapa desde el instante en que esos mismos capitales —que han sido todos acumulados (nunca olvidarlo) sobre la base de operaciones mercantiles o, en algunos casos poco frecuentes, de la renta de bienes inmuebles— se invierten en operaciones largas, que presuponen una gran masa de capital fijo y la aceptación de un beneficio modesto. Es la naturaleza misma del capital invertido lo que le impide transformarse en motor de eso que, con una palabra moderna (y empleada abusivamente con demasiada frecuencia), podríamos llamar *capitalismo*. El capital mercantil —no acompañado de otros factores: en primerísimo lugar la formación del mercado interno y la formación de una masa de fuerza de trabajo proletaria y libre— no puede desembocar (como jamás ha desembocado) en otra cosa que no sean formas usurarias de riqueza o, a lo más, en la perpetuación del capital mercantil (de donde, por otro lado, se retirará, aprovechando la exigüidad del capital fijo invertido, a la primera señal negativa de la coyuntura comercial).

Hay aquí un primer límite al empleo de la palabra *capitalismo* en ese contexto colonial (como por otro lado en todo contexto económico previo a la revolución industrial).

Pero hay otro principio que debe regir el empleo de la palabra capitalismo: este último no tiene sentido alguno cuando lo que indica es simplemente la presencia de escudos contantes y sonantes. La presencia de capitales no crea automáticamente el capitalismo, como se podría creer con ingenuidad intelectual. El punto principal para hablar de capitalismo son las relaciones internas de producción; de ninguna manera las relaciones externas de distribución mercantil. El problema no es de orden semántico o formal. No es siquiera de orden puramente histórico: no se trata solamente del pasado sino que implica el presente. Porque, en efecto, saber si las primeras inversiones de capitales en América central o meridional tenían o no carácter capitalista significa, casi automáticamente, definir el carácter de la economía de hoy. Si capitalismo había en el siglo XVI, con mayor razón hoy. Si, por el contrario, había en el siglo XVI algunos capitales pero

no capitalismo ello puede significar, aunque no necesariamente, que no hay capitalismo hoy día o bien que se halla entramado con fuertes pervivencias de otra cosa (¿que podríamos llamar feudalismo?). Formular de otra manera el problema y decidir, previamente a cualquier investigación, que las desgracias de América central y meridional de ayer y de hoy se deben imputar al capitalismo, constituye una simplificación inexacta desde el punto de vista de la honestidad científica, e inútil desde la perspectiva de la lucha política. Ése es el caso del trabajo de André Gunder Frank (*Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*), donde el problema jamás es formulado correctamente, dando la impresión de volver a la época de Mommsen, para quien toda economía monetaria era *capitalista*: Marx tempranamente demostró la falsedad de tal interpretación.

Lo que cuenta, en efecto, no es que hallemos capitales invertidos en el plano comercial u hombres poseedores de mucho dinero. El verdadero problema sigue siendo, se quiera o no, saber de qué manera ese capital mercantil puede crear una economía capitalista. Ahora bien, y creo haber insistido en ello suficientemente en las precedentes páginas, lo esencial de las relaciones de producción, en el mundo americano de la “conquista” (una “conquista” que se prolonga hasta el día de hoy), es de tipo feudal. Y no se hará desaparecer ese sistema por un pase de prestidigitación.